
Reflexiones sobre el marco político-cultural de la obra del P. Feijoo

Antonio Mestre Sanchis

Résumé

L'auteur essaie d'expliquer les circonstances concrètes dans lesquelles Feijoo affirme ses positions intellectuelles. Cet article étudie en particulier l'influence des bénédictins de Saint-Maur à travers la Congrégation de Valladolid, la découverte de la science moderne par les *novatores* et les raisons de l'aide officielle apportée à Feijoo.

Resumen

El autor intenta explicar las circunstancias concretas en que Feijoo desarrolla su actitud intelectual. Estudia fundamentalmente : el influjo de los maurinos por medio de la Congregación de Valladolid, la apertura a la ciencia moderna de los novatores y las razones del apoyo gubernamental en la difusión del pensamiento de Feijoo.

Citer ce document / Cite this document :

Mestre Sanchis Antonio. Reflexiones sobre el marco político-cultural de la obra del P. Feijoo. In: Bulletin Hispanique, tome 91, n°2, 1989. pp. 295-312;

doi : <https://doi.org/10.3406/hispa.1989.4674>

https://www.persee.fr/doc/hispa_0007-4640_1989_num_91_2_4674

Fichier pdf généré le 08/05/2018

REFLEXIONES SOBRE EL MARCO POLÍTICO Y CULTURAL DE LA OBRA DEL P. FEIJOO

Antonio MESTRE
Universidad. Valencia

L'auteur essaie d'expliquer les circonstances concrètes dans lesquelles Feijoo affirme ses positions intellectuelles. Cet article étudie en particulier l'influence des bénédictins de Saint-Maur à travers la Congrégation de Valladolid, la découverte de la science moderne par les *novatores* et les raisons de l'aide officielle apportée à Feijoo.

El autor intenta explicar las circunstancias concretas en que Feijoo desarrolla su actitud intelectual. Estudia fundamentalmente : el influjo de los maurinos por medio de la Congregación de Valladolid, la apertura a la ciencia moderna de los novatores y las razones del apoyo gubernamental en la difusión del pensamiento de Feijoo.

A nadie que conozca medianamente los estudios sobre el siglo XVIII español se le puede ocultar la dificultad que entraña un encuadre de la figura del P. Feijoo. Esa tarea resulta todavía más comprometida en mi caso en que, por especiales circunstancias de investigación (las divergencias del benedictino con Mayans), puedo haber parecido especial-mente crítico sobre su actividad cultural. He reconocido siempre la especial relevancia del P. Feijoo en la cultura del XVIII y, precisamente por ello, he pretendido matizar algunos de sus innegables méritos.

No voy a estudiar las aportaciones del benedictino gallego en el campo de la ciencia moderna o la originalidad de su pensamiento filosófico, su misión como desencantador de las Españas o su timidez en los planteamientos de crítica histórica, sus innegables cualidades literarias o su pugna tenaz y

B. Hi., T. 91, 1989, n° 2, p. 295 à 312.

constante contra la ignorancia y la superstición. Cada uno de esos aspectos ha merecido monografías y estudios de los especialistas¹.

Mi pretensión es más modesta y más en consonancia con los planteamientos de un historiador : encuadrar la actividad del P. Feijoo en las coordenadas culturales y políticas de su momento vital. Porque, como historiador, inquiero sobre las causas y conexiones en un intento de explicar – siguiendo las enseñanzas del mismo Feijoo – las cosas por medio de las causas naturales. En consecuencia, debo buscar los influjos que recibió el benedictino. No acabo de entender que, después de aludir al influjo de Vives, Bacon, Bayle y Fontenelle, escriba un buen conocedor del pensamiento de Feijoo : « Sin embargo, es muy posible que lo que se considera influencia recibida por Feijoo sea en muchos casos una pura coincidencia de una postura adquirida por su espíritu crítico y empirista con las posturas expresadas por los pensadores citados, y a la que llegó Feijoo por su reflexión solitaria². »

Las generaciones espontáneas no existen. Tampoco en el mundo intelectual. El hombre es, por necesidad, historia y Feijoo no fue una excepción : estuvo anclado en las coordenadas espacio y tiempo. Es decir, nuestro benedictino debe ser encuadrado en el marco político-cultural hispano-europeo de fines del XVII e inicios del XVIII. Por eso, la actividad intelectual de Feijoo constituye la respuesta personal, dentro del predominio aristotélico-escolástico que dominaba la cultura española del momento, a tres incitaciones externas que inciden en su pensamiento : el planteamiento cultural de los maurinos ; la ciencia moderna con los representantes españoles, los « novatores » ; y la situación política española después del cambio de dinastía y la Guerra de Sucesión.

1. Sin pretender, ni mucho menos, indicar toda la bibliografía sobre el P. Feijoo, exhaustivamente recogida por J. Caso y S. Cerra en el volumen primero de *Obras completas* de Feijoo, es necesario aludir a *El padre Feijoo y su siglo* (Simposio, Oviedo 1964), Oviedo 1966, así como las *Actas* de los II y III Simposios sobre *El Padre Feijoo y su siglo* (1980, 1985), la revista *Studium ovetense*, IV (1976) ; G. Marañón, *Las ideas biológicas del P. Feijoo*, Madrid, 1933, sin olvidar, por supuesto, las *Historias* de la literatura española porque todas ellas hablan de la obra literaria del benedictino.

2. S. Cerra, « Líneas medulares del pensamiento de Feijoo », en *Studium ovetense*, IV (1976) 50.

1. Dada la escasez de noticias que poseemos sobre la evolución intelectual de Feijoo antes de la aparición, acompañada del éxito fulgurante, del *Teatro crítico* (1726), es necesario pensar que el benedictino adquiriría las primeras noticias sobre las nuevas corrientes intelectuales entre los compañeros de la orden y, más concretamente, entre los monjes del monasterio de San Vicente de Salamanca.

Los benedictinos de San Mauro, como es bien conocido, significaron una de las aportaciones más importantes en el desarrollo de las ciencias humanas a lo largo del siglo XVII. La actividad de Mabillon, Montfaucon, d'Achery, Marténe... en el campo de la historia crítica, de la paleografía, de los trabajos de patristica o simplemente su actitud abierta a los estudios profanos, constituye un ejemplo que marcó la ciencia teológica y los estudios filológicos e históricos. Y los benedictinos españoles de la Congregación de Valladolid conocían los trabajos de sus correligionarios franceses, y los profesores del Colegio de San Vicente de Salamanca, donde Feijoo realizó sus estudios, mantuvieron, de forma permanente, una relación cultural activa con los monjes de Saint Germain-des-Prés³.

Está, en primer lugar, el cardenal Sáenz de Aguirre. Iniciado en la escolástica, catedrático de teología y comentarista de la *Ética de Aristóteles*, Aguirre entró en relación epistolar con los monjes de San Mauro. En este sentido, conoció el *Specilegium* de Luc d'Achery, *De re diplomatica* o el *Tratado de los estudios monásticos* de Mabillon⁴. Y los frutos de esas lecturas no tardaron en hacerse visibles: editó las obras de san Anselmo (1680-1681), cuya segunda edición (Roma, 1688-1690) demuestra un mayor conocimiento de los Santos Padres, Biblia y Concilios, y propuso un proyecto importante en su *Notitia conciliorum* (1686). Los benedictinos de San Mauro miraron siempre con simpatía la evolución intelectual de Aguirre. Así, pese al ataque contra los 4 artículos galicanos que le valió el cardenalato, siempre vieron con buenos ojos el antiprobabilismo del cardenal y toleraron las deficiencias metodológicas de sus trabajos históricos. El mismo

3. M. Dubuis, *L'Espagne et Saint-Maur. La Congregation de Valladolid dans le mouvement érudit entre 1670 et 1790*, Tesis doctoral, Universidad de Paris IV, 1982. Una breve síntesis en J. Saugnieux (Dir.), *Foi et Lumières dans l'Espagne du XVIII siècle*, Lyon, 1984.

4. Dubuis ha dedicado un amplio capítulo al cardenal Sáenz de Aguirre y sus relaciones con San Mauro.

Mabillon, corresponsal respetuoso y delicado del cardenal, apenas alude a la gran obra del español, la *Collectio maxima Conciliorum Hispaniae et novi orbis* (1693-1694). Quisiera resaltar este aspecto, porque Aguirre, que alaba los trabajos y el método de los maurinos, no sigue las exigencias de la crítica histórica hasta las últimas consecuencias : acepta el valor de las Decretales del Pseudo-Isidoro, no se atreve a enfrentarse con las tradiciones jacobeanas y, cuando Mabillon solicita la ayuda del cardenal en favor de Papebroch perseguido por haber negado la supuesta fundación de la orden carmelitana por parte de Elías, Aguirre se inhibe y no apoya al defensor de la crítica histórica⁵.

Y, junto a Sáenz de Aguirre, otros benedictinos : José Pérez, José Barnuevo, Pedro Magaña, Juan B. Lardito, Manuel Navarro, Melchor Morales, Sarmiento de Sotomayor, mantuvieron relación epistolar o fomentaron los intercambios culturales con San Mauro. Una minuciosa descripción de cada uno de los contactos de estos personajes con los benedictinos franceses no parece oportuno en esta breve exposición y ha sido realizada por Dubuis en su espléndida tesis doctoral de la que tomamos muchos datos en esta exposición. De cualquier forma, conviene aludir al tema.

José Pérez, además de ser alabado por Mabillon por sus *Disertaciones eclesiásticas*, dejó traducido el *Tratado de los estudios monásticos*. José Barnuevo residió una temporada en Saint Germain-des-Prés y mantuvo correspondencia con Mabillon. Pedro Magaña, durante los años de su generalato de la Congregación de Valladolid, fomentó las relaciones culturales con los maurinos, concretamente sobre la redacción de una biografía de santa Gertrudis que escribió el P. Lardito, y redactó el elogioso prólogo a la traducción castellana del *Tratado de los estudios monásticos* (1715). Manuel Navarro también mantuvo correspondencia con los maurinos, y los padres Morales y

5. Una síntesis de la polémica sobre el origen de los carmelitas en M. A. Vilaplana, « Correspondencia de Papebroch con el marqués de Mondéjar » en *Hispania Sacra*, XXV (1972), 293-349. Sobre los orígenes de la historia crítica en España, cf. A. Mestre, *Influjo europeo y herencia hispánica. Mayans y la Ilustración valenciana*, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 1987.

Sarmiento de Sotomayor fomentaron la participación española en los *Annales ordinis sancti Benedicti*, iniciados por Mabillon, que cristalizó en el *Monasticon Hispanicum* estudiado por Dubuis.

Tanto contacto con las principales figuras de la Congregación de San Mauro y, sobre todo, la lectura de sus obras, tenía que influir en los planteamientos culturales de algunos benedictinos españoles. Los componentes de este grupo manifiestan una clara actitud antiescolástica. En principio, algunos, como José Pérez, abandonan la docencia de la teología o filosofía para centrar sus trabajos en el conocimiento del hebreo y del griego. El influjo de Mabillon resulta evidente en sus *Disertaciones eclesiásticas* (1688) y polemizó con José de Pellicer – son conocidas las veleidades del noble aragonés favorable en determinados momentos a los falsos cronicones –. Años después, Mayans pidió con insistencia las *Disertaciones eclesiásticas* del benedictino que finalmente consiguió por las gestiones de Martínez Pingarrón⁶. Los estudios humanísticos de Pérez fueron acompañados de gran apertura intelectual respecto a las corrientes de pensamiento europeo pues conocía bien las obras de Hobbes.

Manuel Navarro, lector de Dupin y de los cartesianos, alababa especialmente a Malebranche, conocía los trabajos de los libertinos (La Mothe le Vayer) y valoraba con respeto la ética natural de los autores paganos. Actitud abierta muy bien vista por Manuel Martí que escribía a Mayans, estudiante de derecho en Salamanca : « Jubeo etiam P. Emmanuelem Navarrum, benedictinum, qui donavit mihi olim eruditissimum Syntagma suum De geniis veterum⁷. » En esta apertura intelectual de los benedictinos no puede sorprender el interés del P. Lardito por la organización política de los turcos, o el hecho de que Sarmiento de Sotomayor estableciera en su abadía de San Julián de Samos una forja moderna.

En cambio, es necesario confesar que los benedictinos españoles se manifiestan bastante conservadores en los planteamientos relacionados con la historia crítica. Aparte de

6. G. Mayans y Siscar, *Epistolario VII. Mayans y Martínez Pingarrón*– 1, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 1987.

7. Martí a Mayans, VII Non. Febr. 1721, en E. Martinus, *Epistolarum libri XII*, Madrid, 1735.

Gregorio Argáiz, también de la orden de San Benito, y de su apoyo a los falsos cronicos de Lupián Zapata, que constituye un mundo aparte, los benedictinos de la Congregación de Valladolid, aun los relacionados con San Mauro, siempre mantuvieron un acusado espíritu nacionalista, tanto en la defensa de la pronta implantación de la orden de San Benito en España o de los santos benedictinos, como respecto a las grandes tradiciones nacionales sobre los orígenes apostólicos del cristianismo en España.

Ahora bien, en ese mundo de la Congregación de Valladolid, y concretamente en San Vicente de Salamanca, se formó intelectualmente Feijoo. El benedictino gallego dedicó sus libros a los Generales de la Congregación que habían mantenido relación con los maurinos, dos de los cuales habían tenido especial relevancia en su formación : José Barnuevo, su profesor en San Vicente, a quien dedica el volumen I del *Teatro crítico*, y Sarmiento de Sotomayor, que fuera abad de San Julián de Samos, su monasterio originario, aprobó el mencionado volumen y recibió la dedicatoria del segundo. Por lo demás, Feijoo conocía bien algunas obras de Mabillon y no dudará en utilizar el *Tratado de los estudios monásticos* para censurar el discurso de Rousseau premiado en la Academia de Dijon. En este sentido, Dubuis ha podido afirmar que Feijoo popularizó a Mabillon entre los españoles, tanto respecto a la difusión de su nombre, cuanto a la actitud de valoración de la cultura profana por parte de los religiosos.

Desde esa perspectiva, resulta bastante lógico el antiescolasticismo de Feijoo, en plena coherencia con el espíritu de los maurinos y aun de sus correligionarios españoles, así como su apertura al conocimiento de la cultura profana. En este último aspecto hay que señalar una de las aportaciones más originales de nuestro benedictino : su especial interés por las ciencias físicomatemáticas. Feijoo supera en penetración y profundidad a sus predecesores. No fue un aspecto especialmente cultivado por Mabillon, y los españoles le dedicaron escasa atención teórica (la forja de San Julián de Samos fue un hecho práctico) o, en todo caso, defendieron posturas tradicionales respecto a la campana de Velilla que después estudiaría Feijoo con sentido crítico. En cualquier caso, y es un mérito indiscutible del benedictino gallego, supo trascender el ámbito monacal y aun eclesiástico para llegar al gran público y hasta el poder político.

En cambio, Feijoo no siguió a Mabillon hasta las últimas consecuencias en el campo de la historia crítica. Estuvo en la línea de sus correligionarios españoles, con más habilidad si queremos, pero siempre dentro del máximo respeto y acatamiento a las tradiciones históricas españolas, desde la venida de Santiago y San Pablo a la historicidad de Bernardo del Carpio. En su momento veremos las razones que, a mi juicio, subyacen en semejante actitud.

2. El segundo punto que sirve de marco a la figura de Feijoo es la actitud de los « novatores », cuya trascendencia en la historia cultural española está hoy aceptada por todos⁸. No voy a insistir en el alcance de sus aportaciones en el campo de la ciencia moderna por tratarse de aspecto muy estudiado últimamente por los historiadores de la ciencia (López Piñero, por ejemplo, que ha matizado y, en parte, enmendado los juicios de Marañón). Sólo aludiré a la importancia de los « novatores » españoles en los planteamientos científicos de Feijoo.

El benedictino gallego escribió su primer trabajo en defensa del médico Martín Martínez⁹ y, ya en el volumen primero del *Teatro* celebra la valentía de Tosca que, en su *Compendio matemático*, expuso los adelantos científicos en lengua castellana. Es decir, Feijoo estaba al corriente de los esfuerzos de ciertos grupos intelectuales españoles abiertos a la ciencia moderna con planteamientos que superaban la física aristotélica. Resulta, además, evidente que conocía las polémicas que en los años anteriores habían surgido entre los intelectuales hispanos : la polémica suscitada por el P. Palanco con acusación de « novatores » en el sentido de innovadores con implicaciones religiosas contra los partidarios de la ciencia moderna y la réplica de Avendaño (Juan de Nájera), así como las

8. O. V. Quiroz Martínez, *Introducción de la filosofía moderna en España*, México, 1949, así como los trabajos de Vicente Peset, López Piñero y Víctor Navarro sobre la introducción de la ciencia moderna en Valencia y en líneas generales en España.

9. P. Álvarez de Miranda, « La fecha de publicación del primer escrito de Feijoo : aclaración de un enredo bibliográfico », en *Studies for I. L. McClelland. Dieciocho*, 9 (1986) 24-34.

divergencias interpretativas de los mismos « novatores » entre los partidarios de Descartes y Gassendi¹⁰.

Feijoo pudo observar la debilidad de los partidarios de la nueva ciencia. Buenos síntomas tenía en el fracaso de Macanaz en el intento de reformar los estudios universitarios o de Martí en su pretensión de acceder al cargo de bibliotecario real o la misma polémica suscitada por el P. Palanco. En cambio, el benedictino pudo constatar la valentía de Tosca al confesar en su *Compendio matemático* la autonomía de las ciencias físico-matemáticas respecto a cualquier concepción filosófica. El texto de Tosca no admite dudas de interpretación : « Es propio de la matemática prescindir de las opiniones filosóficas, con tal que de cualquiera de ellas se pueda fácilmente servir para su intento » de explicar los fenómenos físicos¹¹.

Era una evidente defensa de la filosofía moderna. Más importancia adquiere todavía la reivindicación de la autonomía de la filosofía respecto a los presupuestos teológicos aristotélico-escolásticos, visible en su *Compendium philosophicum*, plenamente captado por sus coetáneos. Así, un oratoriano como el pavorde Vicente Calatayud se lo censuró con acritud y Mayans defendió con vehemencia la postura de Tosca : « Yo tengo por cierto que, aunque el Padre Tosca no hubiera escrito sino su *Compendio filosófico*, hubiera sido tenido por un insigne varón por haber introducido en la siempre ilustre Universidad de Valencia la libertad de filosofar sin apartarse de la religiosísima creencia de los dogmas católicos¹². »

Estamos ante otra línea de pensamiento que es preciso tener en cuenta cuando intentamos encuadrar la postura de Feijoo. Es necesario confesar su habilidad para plantear el problema y la discusión en plano superior, que desbordase las polémicas cartesiano-gasendistas, dentro de la exigencia del empirismo científico, y, basado en Bacon y con una creciente admiración por Newton, superar el plano en que venían manteniéndose las

10. Amplio desarrollo en Quiroz Martínez, *La introducción...Las supuestas implicaciones religiosas en la polémica en A. Mestre, « Cultura y religión en el XVIII español », Historia de la iglesia en España, IV, Madrid, B.A.C., 1979.*

11. Texto del *Compendio matemático*, publicado entre 1707 y 1715.

12. Texto del *Compendio filosófico*, en J. M. Lopez Piñero, *Ciencia y técnica en la España de los siglos XVI y XVII*, Barcelona 1979.

discusiones de los « novatores ». Aunque, a juicio de los nórdicos, Feijoo no acepta plenamente los planteamientos newtonianos. Así se expresaba Meerman : « El año pasado conseguí el *Teatro crítico* de Feijoo junto con los escritos de aquellos que mantuvieron guerra literaria con el autor. Pero, aunque esta obra no debe ser privada de su mérito, es de poca utilidad para quienes conocen la lengua francesa e inglesa en que hay escritores mucho mejores en este género. Ciertamente siguió muchas veces los principios de los antiguos en filosofía natural, censurados con mucha razón por los modernos, lo que es menos de extrañar porque el nombre de Newton fue desconocido casi hasta ahora en España, divulgado entre vosotros por Ulloa y Juan, los primeros, en cuanto yo sé¹³. »

De cualquier forma, la actitud de los « novatores » contribuyó a preparar el ambiente cultural hispano que, pese a las polémicas, acogió generosamente el mensaje del benedictino gallego.

3. Una de las perspectivas más fructíferas en las recientes interpretaciones del movimiento ilustrado ha sido el análisis de las relaciones entre los intelectuales y el poder. Porque, en el fondo, para conocer la Ilustración, resulta esencial observar la política cultural de los gobiernos, más o menos influidos por los hombres de letras.

Todos estamos de acuerdo en que Feijoo encontró el apoyo de los distintos gobiernos de los Borbones que propiciaron los presupuestos culturales defendidos por el benedictino gallego. Lo damos por supuesto, sin más, y utilizamos el real decreto de Fernando VI, cuyo artífice fue el Secretario de Estado, José Carvajal. Pero sabemos poco de las circunstancias en que nació esta coincidencia de criterios y de los vaivenes, si los hubo, en las relaciones de Feijoo con los representantes del poder. Entre otras razones porque nos cuesta hoy mismo precisar con exactitud las líneas de política cultural de los primeros gobiernos de la dinastía borbónica. Ultimamente, el hispanista italiano Giovanni Stiffoni ha intentado clarificar las relaciones

13. G. Mayans, *Carta de...al pavorde Vicente Calatayud*, num. 6, en Mayans, *Obras completas*, vol. V. Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 1986.

entre cultura y política durante el primer siglo XVIII, pero quedan todavía puntos oscuros. Dentro de la brevedad que las circunstancias exigen, intentaré exponer mi punto de vista¹⁴.

Pese al triunfo posterior de la ciencia moderna y de la mentalidad ilustrada, la debilidad de los innovadores en las dos primeras décadas del XVIII era evidente y no podía escapar a la capacidad de observación de Feijoo. Los intentos de imponer el nuevo espíritu desde el poder habían fracasado. Resultaba especialmente significativa la caída de Macanaz, punta de lanza del equipo reformista, pese a ocupar un cargo tan importante como la Fiscalía General del Consejo de Castilla. La caída de la Princesa de los Ursinos y del equipo francés, con el P. Robinet en el confesonario regio, arrastró a Macanaz y su intento de renovar los estudios universitarios o de impulsar el regalismo. La política incidía de manera decisiva en los planteamientos culturales. No menos clarificador resultó el fracaso en el intento de nombrar como bibliotecario real al partidario más cualificado de las nuevas corrientes culturales, Manuel Martí, deán de Alicante. Las palabras de Mayans constituyen todo un síntoma : « Martí no fue bibliotecario real, porque calumniosamente se le imputó que era austríaco y poco afecto a los jesuitas¹⁵. »

En ambos casos, el fracaso de los partidarios de las reformas tenía una evidente conexión política. Entre una visión de la cultura hispana basada en la retórica y el mesianismo y otra que contemplase la necesidad de adaptación a la realidad apoyada en la experimentación y la racionalidad, triunfaba de nuevo la interpretación mesiánica, propiciada por el Consejo de Castilla dominado por los Colegiales Mayores con el apoyo, por supuesto, del confesor regio el jesuita Daubenton. El fracaso demostraba, al mismo tiempo, la debilidad de los partidarios de las reformas que, sin el apoyo del poder político, difícilmente podrían triunfar. Así lo veía el deán Martí desde su retiro alicantino, al señalar que sólo la autoridad del príncipe podría

14. Texto en A. Mestre, *Influjo europeo y herencia hispánica. Mayans y ilustración valenciana*, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 1987.

15. Texto en A. Mestre, *Despotismo e ilustración en España*, Barcelona 1976. Las implicaciones políticas en el nombramiento de bibliotecarios en mi estudio preliminar al *Epistolario Mayans-Martínez Pingarrón*.

resolver el problema de los estudios¹⁶. Y del mismo criterio debió participar el P. Feijoo que pudo observar los aprietos de los « novatores » ante el ataque de los conservadores.

Más todavía, las dudas culturales tenían un evidente paralelismo con las ambivalencias políticas posteriores a la Guerra de Sucesión. Dejemos al margen la política exterior con las guerras de Cerdeña y Sicilia y centremos nuestra atención en la política interior. Es necesario señalar la lentitud en el establecimiento de los Decretos de Nueva Planta (desde 1707 en Valencia y Aragón a 1716 en Cataluña) con evidentes cambios en su contenido. Todo el sistema foral, mantenido por los Austrias, quedaba eliminado, aunque con matices según las regiones. Esas dudas adquirieron mayor importancia en el campo cultural, sobre todo con la supresión de las universidades catalanas y la creación de la de Cervera (1717), la anulación del derecho de presentación a las cátedras de Valencia que correspondía, según los estatutos, a la ciudad y sólo recuperado en 1720 o la imposición de los nuevos estatutos de la Universidad de Huesca dentro del marco de la Nueva Planta (1721-1723). Conviene señalar la existencia de un rescoldo foral evidente entre los partidarios valencianos de las nuevas ideas. Vimos el caso de Martí y mucho más clara es la actitud de Mayans, descendiente de una familia con evidentes vinculaciones austracistas.

La inestabilidad política contribuía a la confusión intelectual : Alberoni, retiro de Felipe V, breve reinado de Luis I, segunda etapa de Felipe, Riperdá... Sólo con la escalada política de José Patiño pareció estabilizarse la situación política. Es el momento en que aparece el *Teatro crítico* (1726).

La experiencia política de Patiño cuando llegó al poder era innegable y había sido adquirida, en gran parte, en contacto con el mundo catalán. Es sabido, además, que tomó parte en la promulgación de los decretos de Nueva Planta. Pensar, por tanto, en un partidario de los fueros no encaja con la realidad. En consecuencia, Patiño (y, en el fondo, los mentores políticos de la nueva dinastía) pensaban en la necesidad de mantener y aun fomentar los símbolos de la unidad nacional española. Con

16. G. Mayans, *Epistolario III, Mayans y Martí*, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 1972.

qué alivio debieron leer el discurso de Feijoo, « Amor de la patria y pasión nacional », donde se contraponían las pequeñas pasiones personales o territoriales (provincia, diócesis o distrito) a la idea de la nación española : « La patria a quien sacrifican su aliento las armas heroicas, a quien debemos estimar sobre nuestros particulares intereses, la acreedora a todos los obsequios posibles, es aquel cuerpo de estado donde, debajo de un gobierno civil, estamos unidos con la coyunda de unas mismas leyes. Así, España es el objeto propio del amor del español¹⁷. » Y si quedaba alguna duda, añadiría el beneditino que el amor de la patria particular es muchas veces nocivo, ya porque divide los ánimos, « ya porque es un incentivo de guerras civiles y de revueltas contra el soberano, siempre que, considerándose agraviada alguna provincia, juzguen los individuos de ella que es obligación superior a todos los demás respetos el desagravio de la patria ofendida ». La alusión a la reciente Guerra de Sucesión no podía pasar desapercibida a un atento lector, y menos a los políticos.

No puede sorprendernos, dado su centralismo uniformista, la actitud de los gobiernos borbónicos que mantienen y aun defienden los símbolos de la unidad hispánica. Frente a las tradiciones nacionales (origen apostólico de la cristiandad española, basado en la predicación de Santiago y de san Pablo o en las tradiciones del Pilar) la postura de quienes detentan el poder no admite dudas : aceptan la tradición y persiguen a quienes se atreven a insinuar que no cumplen las exigencias de la crítica histórica. Me permito transcribir unas palabras en que expuse las razones que, a mi juicio, subyacen en esta actitud de los gobiernos borbónicos : « Desde esa perspectiva se comprende fácilmente por qué el Estado interviene tantas veces en apoyo de tradiciones eclesiásticas que no implicaban ruptura con la fe católica, ni siquiera eran defendidas por la Curia Romana. Se trataba, más bien, de intereses político-sociales que a los distintos gobiernos les interesaba mantener como un arma en defensa de unos supuestos orígenes apostólicos de la cristiandad hispana. Orígenes que, en momentos de crisis, podían servir como aglutinante nacionalista y que, si terciaba

17. B.A.E., LVI, 145, b.

una polémica con la Curia Romana, siempre podía el gobierno utilizarlas como instrumento reivindicador del regalismo basado en la historia más antigua¹⁸. »

Fue una actitud clara en la política cultural de los distintos gobiernos borbónicos. Ahora bien, es menester confesar que Feijoo no se desvió un ápice de esos presupuestos. En los discursos sobre las Glorias de España, canto a las aportaciones políticas y culturales hispanas, nuestro benedictino fue más sensible a la oportunidad política que a las exigencias de la crítica histórica. Veamos sus palabras : « Admirable es sin duda el cuidado que puso la Providencia divina en la conversión de España a la religión verdadera. Con estar esta península en los últimos fines de la tierra y tan distante de Palestina, dos apóstoles destinó para su conversión, Santiago el Mayor y San Pablo. De la venida del primero ya no se puede dudar razonablemente, después de tantos y tan doctos escritos como la han comprobado. La del segundo está asegurada con los superiores testimonios de san Atanasio, san Cirilo Jerosolimitano, san Epifanio, san Juan Crisóstomo, Teodoreto, san Jerónimo y san Gregorio el Grande. Véase Natal Alejandro, en el tercer tomo de la Historia eclesiástica, donde eruditamente prueba este asunto y satisface a las objeciones contrarias¹⁹. » A nadie puede escapársele la habilidad dialéctica del benedictino si piensa que Natal Alejandro es un enemigo frontal de la tradición de la venida de Santiago, y en cuanto a la venida de san Pablo se limita a afirmar su posibilidad.

Además, el texto transcrito tiene un acusado matiz nacionalista, al señalar la especial providencia de Dios sobre España, « quien había de servir, sobre todas las demás naciones, a la extensión de la fe católica ». En esa línea nacionalista aparece la benevolencia del P. Feijoo ante la tradición de la Virgen del Pilar. Estamos ante una actitud cultural que seguirá más tarde el P. Flórez (otro autor premiado por los gobiernos borbónicos) que sacrifica las reglas metodológicas de la crítica histórica ante los intereses de la « piedad » pero también de la « política »²⁰.

18. A. Mestre, *Influjo europeo...*

19. B.A.E., LVI, 200.

20. El P. Flórez, otro apasionado defensor de las tradiciones jacobeanas, ataca con dureza los criterios de N. Alexandre en la *España Sagrada*. La actitud de

Esa es la razón última que, a mi criterio, explica las grandes debilidades de Feijoo en el campo de la historia. En contraste con Mayans que, sin respeto a los intereses políticos o a la oportunidad del momento, intentó aplicar la crítica histórica con todo rigor, el benedictino, más hábil y flexible, supo decir lo que interesaba en ese momento al poder constituido y a la sociedad en que vivía. Feijoo, en este caso, no estuvo en la línea de Mabillon, antes bien siguió la práctica de sus correligionarios de la Congregación de Valladolid que defendían con calor las tradiciones nacionales. Su actitud encajaba, además, con los intereses políticos de la nueva dinastía que encontró en la actividad de Feijoo un apoyo para sus ideas de nacionalismo español dentro de un reformismo moderado.

Resulta evidente la identidad de intereses. Pero no se trata sólo de Patiño como persona, sino como representante de un grupo social que participaba de sus ideas. Y en ese círculo encontró apoyo la actitud intelectual de Feijoo.

No deja de sorprender la fuerza de los dos monasterios de la Congregación de Valladolid en la Corte, San Martín y Monserrat, dado el fácil acceso a las principales figuras políticas del momento. En esa línea, conviene señalar que dos amigos y protectores de Feijoo, José Barnuevo y Sarmiento de Sotomayor, fueron nombrados obispos. Se trata, como sabemos, de dos partidarios de las ideas de San Mauro, a quienes el autor del *Teatro crítico* dedicó sus primeros volúmenes, y que fueron nombrados respectivamente obispos de Osma (1730) y de Jaca (1727). Eso quiere decir que gozaban del favor de la Corte que ejercía el derecho de presentación. Más todavía, Dubuis ha demostrado que, en los momentos difíciles de la Guerra de Sucesión después de la presencia del Archiduque en Madrid, el General de la Congregación, Pedro Magaña, volvió a recuperar el favor de Felipe V para los abades de los monasterios de la Corte.

Stiffoni ha insistido en el valor de las Dedicatorias para demostrar los apoyos de que gozaba Feijoo. Al menos demuestran quiénes participaban del espíritu de la obra. Además de Barnuevo (Dedicatoria) y Sarmiento de Sotomayor

Florez así como una síntesis de la polémica en A. Mestre, *Historia, fueros y actitudes políticas. Mayans y la historiografía del XVIII*. Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 1970.

(aprobación), aparece un jesuita, catedrático de teología que fuera de Alcalá y residente en el Colegio Imperial de Madrid. No creo haga falta recordar que el autor designaba los censores de su propia obra. Así se explican tantos elogios y alabanzas en los libros de la época. Y el poder de los jesuitas en ese momento era grande. De la Compañía era el confesor de Felipe V con capacidad de nombrar los bibliotecarios reales y con enorme poder de influjo en el nombramiento de los obispos. Y los jesuitas habían demostrado, además, su capacidad al conseguir la Bula Pontificia necesaria para la erección de la Universidad de Cervera, o la devolución del patronato de la Universidad de Valencia a la ciudad, y ejercían el control de la enseñanza en las Escuelas de Gramática en tantas universidades (Huesca, Zaragoza, Valencia...). Demos menos importancia, si queremos, a la censura del franciscano Domingo de Losada, pero no debemos olvidar la elogiosa carta de Luis de Salazar. Era el defensor de los benedictinos en las pugnas historiográficas mantenidas contra Juan de Ferreras.

Pero Feijoo gozaba de otros apoyos. Unas palabras suyas en la Dedicatoria a Juan de Goyeneche, figura estudiada con habilidad y finura por Caro Baroja²¹, son muy expresivas : el favor « pasó muy luego en V. S. a inclinación amorosa a mi persona, como me testificaron los muchos favores que debí a V. S. cuando estuve en la Corte, y que hasta hoy me continúa », con la correspondencia y los hechos que acreditan las palabras de afecto. Esa dedicatoria de Feijoo, llena de gratitud, junto con la del volumen VII a Francisco Xavier Goyeneche hijo del anterior, parece demostrar una vinculación a los grupos reformistas que veían defendidos sus criterios de valor sobre la actividad económica. Stiffoni ha querido ver en estas vinculaciones una aproximación a los partidarios de las nuevas ideas en el campo de la economía cuya mejor expresión había sido la obra de Ustariz.

De cualquier forma, estos apoyos de la Corte explican el hecho de que Feijoo tuviera la oportunidad, primero de conocer el disgusto del Infante Carlos por los defectos de los españoles expuestos por el benedictino en el discurso sobre el « Mapa intelectual y cotejo de las naciones » y, sobre todo, de que se le

21. J. Caro Baroja, *La hora navarra del XVIII. Personas, familias, negocios e ideas*, Pamplona 1985.

ofreciera la ocasión de exponer personalmente al futuro Carlos III (« yo mismo oí a V. A. la sentencia ») su criterio sobre el tema que después amplió en dos largos discursos sobre las Glorias de España, expuestos con intenso nacionalismo²².

Son factores que demuestran un acercamiento al poder poco frecuente. Feijoo tuvo el don de la oportunidad y supo encontrar la coincidencia de intereses. Y, también hay que decirlo, en determinados momentos, supo adular a quienes ejercían el poder. La lectura de las Dedicatorias de los libros del siglo XVIII suelen sorprendernos por los elogios, a nuestro juicio, exagerados que se tributan a políticos, eclesiásticos o nobles a quienes se quiere honrar. En ese defecto cayeron intelectuales del mayor empuje (sin olvidar al mismo Mayans) y, por supuesto, el P. Feijoo.

No tiene otra explicación la serie de exagerados elogios tributados al cardenal Gaspar Molina, Gobernador del Consejo de Castilla, en la Dedicatoria del volumen VIII del *Teatro Crítico*. Nuestro benedictino llega, en la exageración de sus alabanzas, a celebrar a Molina, no sólo por su alto nacimiento y su dignidad, sino « por una feliz casualidad se fue el pensamiento, llevando consigo la pluma, al origen de quien V. Ema. es perfectísima copia ; a aquel varón, digo, a todas luces grande, el Emmo. Sr. D. Fr. Francisco Ximénez de Cisneros ». Comparar a Cisneros con Molina, que acababa de autorizar la publicación de la *España primitiva* de Huerta y Vega, basada en un falso cronicón escrito por José de Pellicer y conservado en la real biblioteca, al tiempo que había despreciado la censura crítica en que Mayans demostraba la ficción, era, como mínimo, un acto de oportunismo político. Más aún, si tenemos en cuenta que Feijoo conocía estos hechos porque su íntimo amigo y correligionario, Martín Sarmiento, había sido invitado a censurar – lo mismo que Mayans – la *España primitiva* pero había declinado el compromiso, alegando que la censura del valenciano era suficiente. O, mirado desde otro punto de vista, el intento de adecuarse al reformismo intelectual, muy limitado, por supuesto, que propiciaba el Gobierno. El decreto de Fernando VI, firmado por Carvajal, con la prohibición de escribir contra el P. Feijoo porque es autor del agrado del monarca, fue la lógica consecuencia de estos presupuestos.

22. Cf. la Dedicatoria del vol. IV del *Teatro crítico* al Infante Carlos.

Hoy que conocemos mejor las relaciones entre los intelectuales y el poder en el reinado de los Borbones del XVIII, podemos observar que Feijoo no fue el único hombre de letras protegido por los ministros. Carvajal, con el apoyo de Rávago, favoreció los proyectos de investigación protagonizados por el P. Burriel; Ensenada propició los trabajos de Luis José Velázquez o encargó las *Observaciones al concordato de 1753* a Mayans... Pero estos autores no tuvieron la continuidad en el favor de los distintos gobiernos, antes bien encontraron serias dificultades por parte de otros gobiernos y aun de ministros del mismo gobierno. Feijoo es, quizás, el único que encontró unánime buena acogida por parte de quienes ejercieron el poder. Y esto le permitió gozar de la continuidad del favor gubernamental, lo que facilitó la difusión de su pensamiento²³.

En un intento de encuadrar la obra de Feijoo en el marco político-cultural de su tiempo, he precisado tres aspectos, a mi criterio esenciales.

La actitud de apertura a la cultura profana de los maurinos con acusado antiescolasticismo y el interés por el humanismo y la crítica histórica. Esta apertura, con algunos matices (escaso espíritu crítico en su aplicación a las tradiciones nacionales españolas) fue aceptada por los benedictinos de la Congregación de Valladolid y, en concreto, por los profesores de Feijoo que participa de sus planteamientos culturales.

La actitud de los « novatores » que habían reconocido la necesidad de abrirse a las corrientes europeas y en concreto a la ciencia físico-matemática moderna. Feijoo supo ver el peligro de las polémicas y, pese a sus limitaciones, superó el planteamiento inicial y, sobre todo, extendió al gran público el conocimiento de la nueva ciencia y los cambios culturales que entrañaba.

La ambivalencia política y cultural del gobierno. Las dificultades subsiguientes a la guerra civil, tanto en el campo estrictamente político como en la proyección cultural son decisivas. Frente al austracismo de los reformistas valencianos (Mayans, en concreto), Feijoo representa una idea nacional que encaja con los proyectos reformistas de Patiño. Con el apoyo social de los benedictinos, del grupo de los jesuitas próximos al

23. Cf. mi estudio preliminar al *Epistolario Mayans-Pingarrón-1*.

poder y de los reformistas económicos, la obra de Feijoo constituía una buena base para la política cultural de los gobiernos borbónicos que el benedictino supo cuidar con mimo.

Ante las circunstancias e incitaciones exteriores en que se desarrolló su vida – he insistido en tres, a mi juicio, muy importantes, pero no son las únicas – Feijoo reaccionó con su personalidad y sus cualidades : su inteligencia e ingenio, vivacidad y capacidad expositiva... A señalar, en este sentido, su genio literario que supo encontrar en el ensayo, género en el que fue un maestro, el instrumento adecuado para difundir su pensamiento e influir de manera decisiva en la sociedad española de su tiempo.

Estas palabras fueron escritas en 1986. Antes de enviarlas a la prensa, he querido leer la introducción de Giovanni Stiffoni a la selección del *Teatro crítico universal* publicada por Clásicos Castalia (Madrid, 1986). He mantenido íntegramente el texto original. Celebro las coincidencias, mayores de lo que a simple vista pueden parecer, y mantengo las discrepancias dentro de la sincera amistad que me une al autor.